

COMENTARIO DE EFRAIN TRELLES

Bueno, me ha gustado la ponencia tanto como el comentario que acabo de oír... No se puede sino saludar cuando un individuo cruza una frontera para entrar al campo del estudio histórico. Menos todavía cuando esta saludable interacción se produce en una institución en la cual el estudio de la historia se ha hecho muchas veces en divorcio con el de las "ciencias sociales", mucho más aún cuando mi experiencia de hace ya unos quince años indica que cuando ha habido contacto de la historia con las "ciencias sociales", casi siempre ha sido resultado de una actitud un poco condescendiente del científico social. Casi siempre que se ha producido semejante aproximación, se ha escogido la historia más reciente o la más contemporánea, pero no la anterior ni mucho menos la más remota. En ese sentido veo el aspecto más saludable del trabajo, como se ha planteado hoy día por Gonzalo Portocarrero.

Es evidente que términos como culpa y castigo, que él ha utilizado profusamente, son elementos bastante cargados a los que yo creo no se puede someter a prueba justa, mediante un trabajo, mediante una sola aproximación... necesitamos mucho más todavía. Sin embargo, yo quería destacar que a pesar de ser la suya una aproximación nueva, no deja de ser parte de una temática y problemática recurrente en quienes han pensado y pensamos en la concepción de la historia del Perú. Por un lado ésta, la historia del Perú —como la entiende Gonzalo Portocarrero— se presenta como una especie de encuentro y desencuentro de una culpa y un castigo, casi como una culpa que busca un castigo y al revés. Y si bien eso, como he dicho, no debe ser sometido a prueba solamente mediante un trabajo o un evento, la concepción de la imagen histórica que fluye del material a comentar sí tiene para mí un elemento esencial que espero quede en la memoria de ustedes: no deja de ser una visión dual. Entonces uno podría acá hablar de Aristóteles, Toledo, la *república de indios*, la *república de españoles*; podríamos citar una serie de personas que han tratado de hacer entender eso y que siempre se han visto en la obligación de manejar el problema de nuestra configuración histórica con dos bridas. A pesar de que en el comentario de Marga Stahr haya quedado aclarado que en realidad hay que buscar la unidad, no procede el hipotético y fácil recurso de señalar que podrá haber dos bridas pero el caballo es uno solo. El caballo no es andino y difícilmente puede ser aceptado como sintetizador de la múltiple simbología que articula nuestro pasado y lo que creemos percibir de él. El problema de nuestras separaciones y aproximaciones en el flujo larguísimo de

la historia nuestra no se resuelve con ingenio de momento. El problema es serio y para nosotros los historiadores muchísimo más serio.

En este sentido yo quisiera en este comentario —apoyado en el entusiasmo con el que he leído el trabajo y en lo sugerido por el comentario de Marga Stahr— circunscribirme al aspecto más técnico e histórico de los múltiples elementos que he notado en este trabajo, haciendo salvedad que hay una serie de observaciones puntuales que voy a conversarlas después con Gonzalo Portocarrero.

Así como psicoterapia es pacientes, la historia también puede ser fuentes. En materia de fuentes, la imagen histórica que se presenta en el trabajo se apoya fundamentalmente en Garcilaso y Guamán Poma. Ambos son respetables. Pero ninguno de los dos cronistas presenta una visión favorable al momento de exponer a Atahualpa. Garcilaso, porque Atahualpa era el hijo de tal que a la dinastía de su abuela y su madre la había dejado en la miseria y Guamán Poma, porque para él Atahualpa era la versión del anticristo. Se desprende que hay que ampliar la base documental en la que se apoya el estudio. Bien anota Gonzalo Portocarrero en su trabajo que hacer toda la revisión de fuentes sería excesivo, pero quisiera destacar que lo que falta no es mucho y es más o menos confiable y accesible. Aca está por ejemplo este librito editado en esta institución, la crónica de Pedro Pizarro, que Gonzalo conoce y cita, pero que yo veo ausente en otros aspectos sustantivos de su argumento. ¿Por qué la crónica de Pedro Pizarro va a ser fundamental para entender a Atahualpa? ¿Qué es lo que hace que un individuo tan afanado en el pulcro manejo del lenguaje como Guillermo Lohmann Villena se haya enfrentado con amorosa dedicación a una gramática tan pobre como la de Pedro Pizarro? Pedro Pizarro tenía 12 ó 13 años cuando se produjo la captura del Inka. Lockhart sostiene que no estuvo en Cajamarca, porque Lockhart sólo vio la alineación y la planilla y al no tener Pedro Pizarro obligación alguna era considerado como la mascota del equipo. Y obviamente Atahualpa se dio cuenta y dijo, Ah, este muchachito sobrino de mi captor tiene que ser amigo mío y se produce esta suerte de afectuosa y retrechera curiosidad entre uno y otro. Los momentos más íntimos del cautiverio de Atahualpa están contenidos en la crónica de Pedro Pizarro y lo interesante es que gran parte de hechos y situaciones supuestas, asociadas al Inka y su cautiverio, no se sostiene puesta a prueba ante el texto de Pedro Pizarro. Por ilustración, señalaré solamente dos detalles: la famosa historia del ajedrez y el movimiento de la torre, la creencia de que en la captura el traductor fue Felipillo y trajo mal.

Gonzalo Portocarrero señala, correctamente, que el licenciado Aldana acompaña a Atahualpa. Pero no lo acompaña de guardaespaldas, sino para

leer el requerimiento civil y laico. Es decir, antes de presentar a Jesucristo ante Atahualpa le presentan a Carlos V: la Santa Cesárea, Católica y Apostólica Majestad. Y la respuesta de Atahualpa es rarísima y dice: ah ya, pero si este Carlos V es tan importante y poderoso ¿por qué no lo conozco, por qué no ha venido aún a visitarme? Está hablando *el señor de los cuatro suyos*. ¿Aquella fábula de que tomó el evangelio y se lo pegó, misma radio, al oído a ver si escuchaba algo? Tampoco hay tal. A Atahualpa le presentan el libro y lo que pasó fue que trató de abrirlo por el lomo y no se le pudo abrir y evidentemente perdió la paciencia y estalló en ira, no en una ira como para atacar sino en una ira que se tradujo en una relación minuciosa, lujosa en detalles, de cuántas mujeres se habían violado los invasores, cuántas cosas se habían robado, todo lo que habían hecho desde su desembarco en Tumbes, lo que revela que Atahualpa podría haber tenido un sistema de inteligencia bastante bueno.

Si bien es cierto que los españoles llegaron un viernes 15 y tomaron al Inka el sábado 16, Cajamarca no fue un fin de semana. Yo invito a Gonzalo –por el bien del documento presentado y además porque la evidencia suplementaria contribuiría en alguna medida a darle una base más sólida– a que extienda un poco las indagaciones de los hechos, viendo lo que precedió a la captura del Inka y lo que ocurrió entre su captura y muerte. Los eventos sobre los que llamo la atención tienen contenidos de significación valiosos y muy pertinentes al argumento del trabajo que comento.

Citaré, como ilustración, la presencia de Apo, este orejón espía que fue al campamento español de Poechos disfrazado de vendedor de pacaes con su turbante como usan los tallanes y en realidad el turbante era para disfrazar su condición visible de orejón. Al segundo o tercer día de su misión, Hernando Pizarro –que nunca aguantó pulgas– se dio cuenta de que el vendedor de pacaes lo seguía, lo tomó, golpeó y tumbó y fue entonces que caído el turbante y vistas las orejas inmensas, todos los indios se pusieron de rodillas al comprender de quién se trataba. Salió Apo (nombre derivado de su condición, percibida por los propios españoles como la de un señor) del embrollo y después regresó como embajador. ¿Cuál fue el reporte de este servicio de inteligencia de Atahualpa? Que no había de qué preocuparse, los invasores no eran Wiracochas, no eran dioses o a lo más habían tomado el nombre. ¿Por qué no eran dioses? Porque habían muerto. Una balsa llena de españoles había sido derribada –celada indígena de por medio– por la reventazón del mar de Tumbes. Molina, un español que se había quedado en el viaje anterior, también había muerto en las guerras. El propio Apo los había visto a algunos heridos y cansados.

Es más, como buen espía Apo había olido el excremento del perro y el caballo y le dio a Atahualpa el más acertado informe desde el punto de vista

andino y el peor desde el punto de vista occidental o si se prefiere, desde el punto de vista acuñado por los que creemos conocer del pasado, porque le dijo: del caballo ni preocuparse no come carne yerba nomas no hay por qué temerle tiene un fierro en la boca de metal pero no lo come solamente come vegetales, en cambio el perro ese sí es peligroso come carne. Entonces, Gonzalo, si bien es cierto que los caballos ya les eran conocidos, también es verdad que en Cajamarca estaban cubiertos con sonajas, con una serie de cosas, con mascaritas, les pusieron todo lo que podían para sorprender y el hecho de que fuera conocido no significa que no fuera temido, ni el hecho que Atahualpa no haya demostrado temor ante la carga de caballos en la víspera revela que los sobrevivientes ya estaban curados del susto. Son unánimes los cronistas al señalar que la carga del caballo del día anterior estuvo dirigida contra Atahualpa mismo y la cabalgadura se detuvo tan cerca del Inka que la saliva del caballo lo salpicó: pero el Inka no movió ni una pestaña, apenas dijo mañana voy.

¿Esto qué es? Es saberse señor de los cuatro suyos, aspecto que nos lleva rápidamente al fenómeno religioso, a el que se lo ha considerado como muy importante en el estudio expuesto por Gonzalo Portocarrero. Hay que entender que Atahualpa sí contaba con la intervención divina, también está absolutamente convencido que dios estaba con él. Pero si dejamos el asunto ahí, tendríamos que concluir que el dios de los españoles era más fuerte que el dios de Atahualpa. Luego persiste el enigma del combate: que si el ejército combatió o no. El ejército no participó y esto es lo más interesante. Atahualpa vino a Cajamarca con músicos, y con cargadores y se demoró un día —todo el sábado— en llegar a la plaza y a cada rato paraban él y su comitiva y hacían fiestas. Tanto que los invasores tuvieron que decir ya pues apúrense y se les respondió en tono seco que esperaran pues ellos estaban celebrando. Atahualpa fue a una celebración, fue convencido; y acá señores estamos entrando en un terreno más delicado: ¿Utilizó o no Atahualpa la información de que disponía, o se dio el lujo de prescindir de su ejército porque sabía que los rivales no eran Wiracochas? Es difícil saberlo. Más todavía a la luz de la guerra psicológica que Atahualpa jugó con los españoles.

Antes de Cajamarca, los españoles entraron en un par de ciudadelas vacías, no hallaron a nadie y pensaron que ya venía la batalla, pero no hubo tal. Vieron alguna vez ejércitos, pero estos se alejaban introduciéndolos a ellos más en la cordillera. Incluso llegó la embajada de Apo, apurando a los españoles un poco y portadora de presentes de Atahualpa: una fortalecita de piedra y dos patos disecados. Hay que leer en los cronistas el impacto que esto causó entre los españoles, quienes no tardaron en entender el primer regalo como una muestra de la fuerza de Atahualpa, patrocinado por Apo, sola-

mente había tres españoles a los que convenía salvar, castrar y enviar al Cuzco. Los demás serían muertos. ¿Quiénes serían los supuestos sobrevivientes? El volteador de caballos, el herrero y el barbero. El herrero evidentemente por su dominio sobre el metal, el volteador por su dominio sobre los caballos... y el barbero porque rejuvenecía a la gente. Apo había visto a los barbudos entrar con la cara toda sucia y salir de la tienda del barbero rejuvenecidos y con la cara tan fresca como el poto de una criatura. Entonces ahí tenemos un problema de percepción bastante más complejo. Siento, en resumen, que el lado andino de esta ecuación merece más atención siguiendo a Pedro Pizarro y sobre todo el juicio que más adelante llevaron los herederos de Atahualpa, sobre el cual no he tenido ocasión de hablar.

Ya se ha hablado de los problemas vinculados al uso de Wiracocha. Yo quisiera apuntar sólo una cosa más. Así como se plantea que hay múltiples creadores y que esta idea de un único dios creador andino puede haber sido una imposición foránea, el término *indios* también lo era. Porque si hay múltiples creadores también hay múltiples etnias. Por tanto, el término indios —como sujeto de análisis— me parece una abstracción porque debe decirse los quechuas, o los chankas, o los huancas. Si no, recordemos que al día siguiente de la captura del Inka la plaza de Cajamarca amaneció rodeada de guerreros quechuas y cuando parecía venirse lo peor para los españoles, los guerreros rompieron sus armas y ofrendaron servidumbre.

Hay otro asunto relativo al marco de referencia de la crueldad, sobre el cual también habló Marga. Cuando Atahualpa derrotó a Huáscar, algo así como 80 mujeres fueron asesinadas en el Cuzco. ¿Y cuál había sido el delito de esas mujeres? Estar embarazadas de Huáscar, llevar en el vientre niñitos a los cuales había que matar. En cuanto al caso de aquel pueblo donde las madres tienen este problema, habría que preguntarse ¿por qué hay tanta madre soltera? ¿No estaremos ante un fenómeno de rechazo a lo foráneo? Debo también hacer alusión a este asunto del castigo y la culpa, términos en cuyo trato percibo un notorio desbalance cuando se examina la interacción entre lo foráneo y lo nativo. Esta percepción no es solamente un acto intuitivo; lamentablemente me habría gustado tener más tiempo de lectura para aportar evidencias. En muchas partes centrales de la argumentación de Gonzalo Portocarrero se encuentra este binomio explicativo: castigo sin culpa. Yo me atrevería a acotar... sin culpa occidental.

Me parece (y con este tema acabo) que una posibilidad de hechar luz sobre el binomio castigo/culpa es abordar su estudio con una perspectiva no de ahora sino con la de una etapa intermedia. Y quiero concretamente hacer una llamada de atención, no particularmente a Gonzalo sino a cuantos nos estamos preocupando con estas cosas, sobre la riqueza y pertinencia de las cró-

nicas agustinas, con la obra de Calancha a la cabeza. Me explicaré. Se mencionó la influencia que puede haber ejercido la conversión de Constantino sobre la orientación del relato de la guerra de los chankas, luego se sugirió que en realidad ese relato podría ser más bien un ritual de iniciación. Bien, Sabine McCormack es una estudiosa de la patrística que publicó hace unos años un estupendo libro sobre simbolismo y ritual, a propósito de la conversión de Constantino. Después, bajo la influencia de John Murra y otros, se dedicó a estudiar a los cronistas agustinos encontrando una fascinante similitud con problemas de otra época. ¿Qué ocurre? Que los diez primeros libros de la *Ciudad de Dios* de Agustín de Hipona (los otros fueron compuestos a posteriori) son un escrito político, empezado precisa y concientemente en el año que la Roma cristiana cayó definitivamente. ¿Por qué era importante sacar un libro político cuando cayó Roma? Porque en el mediterráneo corrientes de opinión empezaban a decir: ¿ya ven? ha caído Roma porque hemos abandonado los dioses verdaderos y hemos cedido ante esa influencia oriental extraña llamada cristianismo. Al mismo tiempo, en los propios bastiones cristianos del mediterráneo empezaba a germinar la duda pues ¿acaso no se les había presentado el cristianismo como un evangelio del progreso?

Pues bien, cien años después de los eventos que ha señalado Gonzalo, ya no cabía duda que a los andes no podía haber llegado evangelio de progreso alguno. Frente al colapso demográfico (por citar lo más evidente), gente de diversas regiones, nativos todos, empezaban a barruntar si toda esa desgracia no se debería al hecho de haber sus padres y abuelos abandonado los dioses verdaderos y haberse entregado al dios cristiano. Y seguramente conversaban y decían dónde está entonces el progreso, y así su cavilación colectiva entró en el terreno de la culpa y el castigo. ¿De quién es la culpa de lo que está pasando? ¿Qué castigo estamos pagando? Fue en ese contexto que entró a tallar Calancha y encontró en el utillaje agustiniano que nutre su *Crónica Moralizadora* la mejor herramienta ideológica y práctica para conciliar lo predicado con lo observado. Quizá haya llegado la hora de volver los ojos y releer lo que dicen las entrelíneas de las crónicas de convento. Se precisa reparadora justicia para con ellas pues nadie escribe por las puras, menos aún si lo hace por toda una vida.